

LOS TRES TIEMPOS DEL EDIPO

Del Nombre del Padre al falo
La clave del declive del Edipo
Ser y tener
El capricho y la ley
El niño súbdito

Vamos a continuar nuestro examen de lo que hemos llamado la metáfora paterna.

Llegamos al punto en que afirmé que donde residían todas las posibilidades de articular claramente el complejo de Edipo y su mecanismo, a saber, el complejo de castración, era en la estructura que pusimos de relieve como la de la metáfora.

A quienes pudiera asombrarles que lleguemos tan tarde a articular una cuestión tan central en la teoría y en la práctica analíticas, les respondemos que era imposible hacerlo sin haber demostrado en diversos terrenos, tanto teóricos como prácticos, lo que tienen de insuficientes las fórmulas empleadas de forma habitual en el análisis y, sobre todo, sin haber demostrado cómo pueden darse fórmulas más suficientes, por así decirlo. Para empezar a articular los problemas, en primer lugar se trata por ejemplo de habituarles a pensar en términos de sujeto.

¿Qué es un sujeto? ¿Es algo que se confunde pura y simplemente con la realidad individual que tienen ustedes delante cuando dicen *el sujeto*? ¿O acaso, tan pronto le haces hablar, eso implica necesariamente otra cosa? Quiero decir — ¿es la palabra como una emanación y flota por encima de él, o bien desarrolla, impone por sí misma, sí o no, una estructura como la que he comentado extensamente, a la que les he habituado? Esta estructura dice que, apenas hay sujeto hablante, la cuestión de sus relaciones en tanto que habla no podría reducirse simplemente a un otro, siempre hay un tercero, el Otro con mayúscula, constituyente de la posición del sujeto como hablante, es decir, también, como analizante.

No es tan sólo una necesidad teórica suplementaria. Da toda clase de facilidades cuando se trata de comprender dónde situar los efectos con los que se enfrentan ustedes, a saber, lo que ocurre cuando se encuentran en el sujeto con la exigencia, los deseos, un fantasma — no es lo mismo —, así como, y esto parece ser en suma lo más incierto, lo más difícil de captar y definir, una realidad.

Tendremos ocasión de verlo en el punto en el que nos introducimos ahora para explicar el término de metáfora paterna.

1

¿De qué se trata en la metáfora paterna? Propiamente, es en lo que se ha constituido de una simbolización primordial entre el niño y la madre, poner al padre, en cuanto símbolo o significante, en lugar de la madre. Veremos qué quiere decir este *en lugar de* que constituye el punto central, el nervio motor, lo esencial del progreso constituido por el complejo de Edipo.

Los términos que planteé ante ustedes el año pasado respecto de las relaciones del niño con la madre, están resumidos en el triángulo imaginario que les enseñé a manejar. Admitir ahora como fundamental el triángulo niño-padre-madre es añadir algo que es real, sin duda, pero que establece ya en lo real, quiero decir en cuanto instituida, una relación simbólica. La establece, por así decirlo, objetivamente, porque podemos convertirla en un objeto, mirarla.

La primera relación de realidad se perfila entre la madre y el niño, y ahí es donde el niño experimenta las primeras realidades de su contacto con el medio viviente. Si hacemos entrar al padre en el triángulo, es con el fin de dibujar objetivamente la situación, mientras que para el niño todavía no ha entrado.

El padre, para nosotros, *es*, es real. Pero no olvidemos que sólo es real para nosotros en tanto que las instituciones le confieren, yo no diría siquiera su papel y su función de padre — no es una cuestión sociológica —, sino su nombre de padre. Que el padre, por ejemplo, sea el verdadero agente de la procreación, no es en ningún caso una verdad de experiencia. Cuando los analistas hablaban todavía de cosas serias, en alguna ocasión se llegó a plantear que en cierta tribu primitiva la procreación era atribuida a cualquier cosa, una fuente, una piedra o el encuentro con un espíritu en lugares apartados. El Sr. Jones había alegado a este respecto,

con mucha pertinencia por otra parte, la observación de que era del todo impensable que tal verdad de experiencia les pasara desapercibida a seres inteligentes — y nosotros le suponemos a todo ser humano su mínimo de esa inteligencia. Está muy claro que, salvo excepción — pero excepción excepcional —, una mujer sólo da a luz si ha practicado un coito, y ello dentro de un plazo muy preciso. Pero al hacer esta observación particularmente pertinente, el Sr. Ernest Jones dejaba simplemente de lado todo lo que es importante en la materia.

Lo importante, en efecto, no es que la gente acepte perfectamente que una mujer no puede dar a luz salvo cuando ha realizado un coito, es que sancione en un significante que aquel con quien ha practicado el coito es el padre. Pues de lo contrario, tal como está constituido por su naturaleza el orden del símbolo, nada absolutamente puede evitar que eso que es responsable de la procreación siga siendo, en el sistema simbólico, idéntico a cualquier cosa, a saber, una piedra, una fuente o el encuentro con un espíritu en un lugar apartado.

La posición del padre como simbólico no depende del hecho de que la gente haya reconocido más o menos la necesidad de una determinada secuencia de acontecimientos tan distintos como un coito y un alumbramiento. La posición del Nombre del Padre, la calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa en el nivel simbólico. Puede realizarse de acuerdo con las diversas formas culturales, pero en sí no depende de la forma cultural, es una necesidad de la cadena significativa. Por el solo hecho de que instituyas un orden simbólico, algo corresponde o no a la función definida por el Nombre del Padre, y en el interior de esta función introduces significaciones que pueden ser distintas según los casos, pero que en ningún caso dependen de ninguna necesidad distinta de la necesidad de la función del padre, a la cual le corresponde el Nombre del Padre en la cadena significativa.

Creo haber insistido ya suficientemente en este punto. He aquí, pues, lo que podemos llamar el triángulo simbólico, porque se instituye en lo real a partir del momento en que hay cadena significativa, articulación de una palabra.

Digo que hay una relación entre este ternario simbólico y lo que planteamos aquí el año pasado en forma del ternario imaginario para presentarles la relación del niño con la madre, en tanto que el niño depende del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre, y de ninguna otra cosa. Mediante esta simbolización, el niño desprende su dependencia efectiva respecto del deseo de la madre de la pura y simple vivencia de dicha dependencia, y se instituye algo que se subjetiva en un nivel primordial o primitivo. Esta subjetivación consiste simplemente en establecer a

la madre como aquel ser primordial que puede estar o no estar. En el deseo del niño, el de él, este ser es esencial. ¿Qué desea el sujeto? No se trata simplemente de la apetición de los cuidados, del contacto, ni siquiera de la presencia de la madre, sino de la apetición de su deseo.

Desde esta primera simbolización en la que el deseo del niño se afirma, se esbozan todas las complicaciones ulteriores de la simbolización, pues su deseo es deseo del deseo de la madre. En consecuencia, se abre una dimensión por la cual se inscribe virtualmente lo que desea objetivamente la propia madre en cuanto ser que vive en el mundo del símbolo, en un mundo donde el símbolo está presente, en un mundo parlante. Aunque sólo viva en él de forma parcial, aunque sea, como a veces sucede, un ser mal adaptado a ese mundo del símbolo o que ha rechazado algunos de sus elementos, esta simbolización primordial le abre a pesar de todo al niño la dimensión de algo distinto, como se suele decir, que la madre puede desear en el plano imaginario.

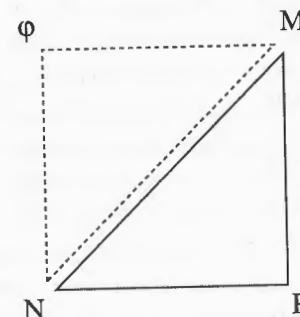
Así es como el deseo de Otra cosa del que hablaba hace ocho días hace su entrada de una forma todavía confusa y completamente virtual — no de la forma sustancial que permitiría reconocerlo en toda su generalidad, como hicimos nosotros en el último seminario, sino de una forma concreta. Hay en ella el deseo de Otra cosa distinta que satisfacer mi propio deseo, cuya vida empieza a palpitar.

En esta vía, al mismo tiempo hay acceso y no hay acceso. En esta relación de espejismo mediante la cual el ser primero lee o anticipa la satisfacción de sus deseos en los movimientos esbozados del otro, en esta adaptación dual de la imagen a la imagen que se produce en todas las relaciones interanimales, ¿cómo concebir que pueda ser leído como en un espejo, tal como se expresan las Escrituras, lo Otro que el sujeto desea?

Sin duda, es difícilmente pensable y al mismo tiempo se efectúa demasiado difícilmente, pues ahí es donde reside todo el drama de lo que sucede en este nivel primitivo, de cambio de agujas, de las perversiones. Se efectúa difícilmente en el sentido de que se efectúa de una forma errónea,¹ pero aun así se efectúa. Ciertamente, no se efectúa sin la intervención de algo más que la simbolización primordial de aquella madre que va y viene, a la que se llama cuando no está y cuando está es rechazada para poder volver a llamarla. Ese algo más que hace falta es precisamente la existencia detrás de ella de todo el orden simbólico del cual depende, y que, como siempre está más o menos ahí, permite cierto acceso al objeto de su deseo,

1. En *fautive* la connotación moral, aunque más fuerte que en castellano, sigue siendo discreta. [N. del T.]

que es ya un objeto tan especializado, tan marcado por la necesidad instaurada por el sistema simbólico, que es absolutamente impensable de otra forma sin su prevalencia. Este objeto se llama el falo, y a su alrededor hice girar toda nuestra dialéctica de la relación de objeto el año pasado.



¿Por qué? ¿Por qué es necesario ese objeto en este lugar? — sino porque es privilegiado en el orden simbólico. En esta cuestión queremos entrar ahora más detalladamente.

Hay en este dibujo una relación de simetría entre *falo*, que está aquí en el vértice del ternario imaginario, y *padre*, en el vértice del ternario simbólico. Vamos a ver que ésta no es una simple simetría, sino ciertamente un vínculo. ¿Cómo puedo plantear ya que este vínculo es de orden metafórico?

Pues bien, eso es precisamente lo que nos lleva a introducirnos en la dialéctica del complejo de Edipo. Tratemos de articular paso a paso de qué se trata, como lo hizo Freud y como otros lo han hecho.

Aquí no siempre está todo simbolizado, ni claramente. Vamos a tratar de ir más lejos, y no sólo para nuestra satisfacción espiritual. Si articulamos paso a paso esta génesis, por así decirlo, debido a la cual la posición del significante del padre en el símbolo es fundadora de la posición del falo en el plano imaginario, si conseguimos distinguir claramente los tiempos lógicos, digamos, de la constitución del falo en el plano imaginario como objeto privilegiado y prevalente, y si de su distinción resulta que podemos orientarnos mejor, interrogar mejor tanto al enfermo en el examen como el sentido de la clínica y la conducción de la cura, consideraremos nuestros esfuerzos justificados. Dadas las dificultades con que nos topamos en la clínica, en el examen y la maniobra terapéuticos, estos esfuerzos están justificados de antemano.

Observemos este deseo del Otro, que es el deseo de la madre y que tiene un más allá. Ya sólo para alcanzar este más allá se necesita una mediación, y esta mediación la da precisamente la posición del padre en el orden simbólico.

En vez de proceder dogmáticamente, preguntémosnos cómo se plantea la cuestión en lo concreto. Vemos que hay estados muy distintos, casos, también etapas, en los que el niño se identifica con el falo. Éste era el objeto del camino que recorrimos el año pasado. Mostramos en el fetichismo una perversión ejemplar, en el sentido de que ahí el niño tiene una determinada relación con el objeto del más allá del deseo de la madre, cuya prevalencia y valor de excelencia, por decirlo así, ha observado, y se aferra a él por medio de una identificación imaginaria con la madre. También indicamos que, en otras formas de perversión, y especialmente en el travestismo, el niño asumirá la dificultad de la relación imaginaria con la madre en la posición contraria. Se suele decir que él mismo se identifica con la madre fálica. Yo considero más correcto decir que con lo que se identifica es propiamente con el falo, en cuanto escondido bajo las ropas de la madre.

Se lo recuerdo para mostrarles que la relación del niño con el falo se establece porque el falo es el objeto del deseo de la madre. Pero la experiencia nos demuestra que este elemento desempeña un papel activo esencial en las relaciones del niño con la pareja parental. Lo recordamos la última vez en el plano teórico, en la exposición del declive del complejo de Edipo, con respecto al Edipo que se suele llamar invertido. Freud nos recalca el caso en que el niño, identificado con la madre, habiendo adoptado esta posición, a la vez significativa y prometidora, teme su consecuencia, a saber, la privación que para él se derivará, si es un varón, de su órgano viril.

Es una indicación, pero la cosa va mucho más lejos. La experiencia analítica nos demuestra que el padre, en tanto que priva a la madre del objeto de su deseo, especialmente del objeto fálico, desempeña un papel del todo esencial, no diré en las perversiones sino en toda neurosis y a lo largo de todo el curso, aunque sea el más sencillo y normal, del complejo de Edipo. En la experiencia siempre verán que el sujeto ha tomado posición de cierta forma en un momento de su infancia respecto del papel desempeñado por el padre en el hecho de que la madre no tenga falo. Este momento nunca está elidido.

Nuestro repaso de la última vez no entraba en la cuestión del resultado favorable o desfavorable del Edipo, en torno a los tres planos de la castración, la frustración y la privación ejercidas por el padre. De lo que aquí se trata es del nivel de la privación. Ahí el padre priva a alguien de lo que a fin de cuentas no tiene, es decir, de algo que sólo tiene existencia porque lo haces surgir en la existencia en cuanto símbolo.

Está muy claro que el padre no puede castrar a la madre de algo que ella no tiene. Para que se establezca que no lo tiene, eso ya ha de estar proyec-

tado en el plano simbólico como símbolo. Pero es, de todas formas, una privación, porque toda privación real requiere la simbolización. Es, pues, en el plano de la privación de la madre donde en un momento dado de la evolución del Edipo se plantea para el sujeto la cuestión de aceptar, de registrar, de simbolizar él mismo, de convertir en significante, esa privación de la que la madre es objeto, como se comprueba. Esta privación, el sujeto infantil la asume o no la asume, la acepta o la rechaza. Este punto es esencial. Se encontrarán con esto en todas las encrucijadas, cada vez que su experiencia los lleve hasta un punto determinado que ahora trataremos de definir como nodal en el Edipo.

Llamémoslo el punto nodal, ya que se me acaba de ocurrir. No me importa como algo esencial, quiero decir que no coincide, ni mucho menos, con aquel momento cuya clave buscamos, el declive del Edipo, su resultado, su fruto en el sujeto, a saber, la identificación del niño con el padre. Pero hay un momento anterior, cuando el padre entra en función como privador de la madre, es decir, se perfila detrás de la relación de la madre con el objeto de su deseo como *el que castra*, pero aquí sólo lo pongo entre comillas, porque lo que es castrado, en este caso, no es el sujeto, es la madre.

Este punto no es muy novedoso. Lo nuevo es indicarlo de forma precisa, es dirigir su mirada hacia ese punto como el que permite comprender lo anterior, sobre lo cual ya tenemos algunas luces, y lo que viene a continuación.

No lo duden, y podrán verificarlo y confirmarlo cada vez que tengan ocasión de verlo, la experiencia demuestra que si el niño no franquea ese punto nodal, es decir, no acepta la privación del falo en la madre operada por el padre, mantiene por regla general — la correlación se basa en la estructura — una determinada forma de identificación con el objeto de la madre, ese objeto que les represento desde el origen como un objeto rival, por emplear la expresión que aparece ahí, y ello tanto si se trata de fobia como de neurosis o de perversión. Esto es un punto de referencia — tal vez no hay una palabra mejor — alrededor del cual pueden ustedes reagrupar los elementos de las observaciones planteándose la siguiente pregunta en cada caso particular — ¿cuál es la configuración especial de la relación con la madre, con el padre y con el falo, por la que el niño no acepta que la madre sea privada por el padre del objeto de su deseo? ¿Hasta qué punto se ha de señalar en este caso que en correlación con esta relación el niño mantiene su identificación con el falo?

Hay grados, por supuesto, y esta relación no es la misma en la neurosis, en la psicosis y en la perversión. Pero esta configuración es, en todos los casos, nodal. En este nivel, la cuestión que se plantea es — *ser o no ser, to be or not to be* el falo. En el plano imaginario, para el sujeto se trata de ser

o de no ser el falo. La fase que se ha de atravesar pone al sujeto en la posición de elegir.

Pongan también este *elegir* entre comillas, pues aquí el sujeto es tan pasivo como activo, sencillamente porque no es él quien mueve los hilos de lo simbólico. La frase ya ha sido empezada antes de él, ha sido empezada por sus padres, y adonde quiero llevarlos es precisamente a la relación de cada uno de estos padres con dicha frase empezada y a cómo conviene que la frase se sostenga mediante cierta posición recíproca de los padres con respecto a la frase. Pero digamos, porque debemos expresarnos bien, que hay ahí, en neutro, una alternativa entre ser o no ser el falo.

Ustedes perciben perfectamente que se ha de franquear un paso considerable para comprender la diferencia entre esta alternativa y la que está en juego en otro momento y que también hemos de esperar encontrar, la de *tener o no tener*, por basarnos en otra cita literaria. Dicho de otra manera, tener o no tener el pene, no es lo mismo. En medio está, no lo olvidemos, el complejo de castración. De qué se trata en el complejo de castración, es algo que nunca se articula y resulta casi completamente misterioso. Sabemos, sin embargo, que de él dependen estos dos hechos — por una parte, que el niño se convierta en un hombre, por otra parte, que la niña se convierta en una mujer. En ambos casos, la cuestión de tener o no tener se soluciona — incluso para aquél que, al final, está en su derecho de tener, es decir el macho — por medio del complejo de castración. Lo cual supone que, para tenerlo, ha de haber habido un momento en que no lo tenía. No llamaríamos a esto complejo de castración si no pusiera en primer plano, en cierto modo, el hecho de que, para tenerlo, primero se ha de haber establecido que no se puede tener, y en consecuencia la posibilidad de estar castrado es esencial en la asunción del hecho de tener el falo.

Éste es un paso que se ha de franquear y en el que ha de intervenir en algún momento, eficazmente, realmente, efectivamente, el padre.

2

Hasta ahora, como lo indicaba el propio hilo de mi discurso, he podido hablarles sólo a partir del sujeto, diciéndoles — acepta o no acepta, y en la medida en que no acepta, eso lo lleva, hombre o mujer, a ser el falo. Pero ahora, para el siguiente paso, es esencial hacer intervenir efectivamente al padre.

No digo que no interviniera ya efectivamente antes, pero mi discurso ha podido dejarlo, hasta ahora, en segundo plano, incluso prescindir de él. A partir de ahora, cuando se trata de tenerlo o no tenerlo, nos vemos obligados a tenerlo en cuenta. En primer lugar es preciso, insisto en ello, que esté, fuera del sujeto, constituido como símbolo. Pues si no lo está, nadie podrá intervenir realmente en cuanto revestido de ese símbolo. Como interviene ahora efectivamente en la etapa siguiente es en cuanto personaje real revestido de ese símbolo.

¿Qué hay del padre real en cuanto capaz de establecer una prohibición? Ya hemos advertido a este respecto que, para prohibir las primeras manifestaciones del instinto sexual que alcanzan su primera madurez en el sujeto, cuando éste empieza a valerse de su instrumento, incluso lo exhibe, le ofrece a la madre sus buenos oficios, no tenemos ninguna necesidad del padre. Aún diría más, cuando el sujeto se muestra a la madre y le hace ofrecimientos, momento todavía muy cercano al de la identificación imaginaria con el falo, lo que ocurre se desarrolla la mayor parte del tiempo — lo vimos el año pasado a propósito de Juanito — en el plano de la depreciación imaginaria. Con la madre basta perfectamente para mostrarle al niño hasta qué punto lo que le ofrece es insuficiente, y basta también para proferir la interdicción del uso del nuevo instrumento.

Sin embargo, el padre entrará en juego, no hay la menor duda, como portador de la ley, como interdictor del objeto que es la madre. Esto, como sabemos, es fundamental, pero queda del todo fuera de la cuestión tal como el niño la pone en juego efectivamente. Sabemos que la función del padre, el Nombre del Padre, está vinculada con la interdicción del incesto, pero a nadie se le ha ocurrido nunca poner en primer plano en el complejo de castración el hecho de que el padre promulgue efectivamente la ley de interdicción del incesto. Se dice alguna vez, pero nunca lo articula el padre, por así decirlo, como legislador *ex cathedra*. Hace de obstáculo entre el niño y la madre, es el portador de la ley, pero de derecho, mientras que de hecho interviene de otra forma, y es también de otra forma como se manifiestan sus faltas de intervención. Esto es lo que nosotros seguimos de cerca. En otras palabras, el padre en tanto que es culturalmente el portador de la ley, el padre en tanto que está investido del significado del padre, interviene en el complejo de Edipo de una forma más concreta, más escalonada, por así decirlo, y esto es lo que queremos articular hoy. En este nivel es donde resulta más difícil entender algo, cuando sin embargo nos dicen que aquí se encuentra la clave del Edipo, a saber, su salida.

Aquí, el pequeño esquema que les he comentado durante todo el primer trimestre, para gran hastío, según parece, de algunos, demuestra que no debe de ser completamente inútil.

Les recuerdo algo a lo que hay que volver una y otra vez — sólo después de haber atravesado el orden, ya constituido, de lo simbólico, la intención del sujeto, quiero decir su deseo que ha pasado al estado de demanda, encuentra aquello a lo que se dirige, su objeto, su objeto primordial, en particular la madre. El deseo es algo que se articula. El mundo donde entra y progresa, este mundo de aquí, este mundo terrenal, no es tan sólo una *Umwelt* en el sentido de que ahí se pueda encontrar con qué saturar las necesidades, sino un mundo donde reina la palabra, que somete el deseo de cada cual a la ley del deseo del Otro. La demanda del joven sujeto franquea, pues, más o menos felizmente la línea de la cadena significativa, que está ahí, latente y ya estructurante. Por este solo motivo, la primera prueba que tiene de su relación con el Otro, la tiene con aquel primer Otro que es su madre en tanto que ya la ha simbolizado. Como ya la ha simbolizado, se dirige a ella de una forma que, por muy quejumbrosa, más o menos, que sea, no está menos articulada, pues esta primera simbolización va ligada a las primeras articulaciones, que localizamos en el *Fort-Da*. Si esta intención, o esta demanda, puede hacerse valer ante el objeto materno, es porque ha atravesado la cadena significativa.

Por eso el niño, que ha constituido a su madre como sujeto sobre la base de la primera simbolización, se encuentra enteramente sometido a lo que podemos llamar, pero únicamente por anticipación, la ley. Es tan solo una metáfora. Es preciso desplegar la metáfora contenida en este término, la ley, para darle su verdadera posición en el momento en que la empleo.

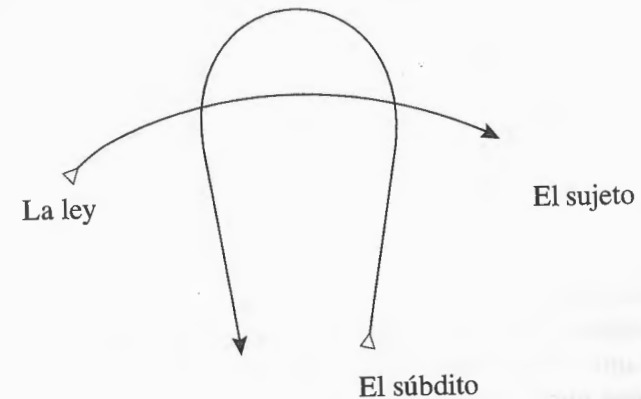
La ley de la madre es, por supuesto, el hecho de que la madre es un ser hablante, con eso basta para legitimar que diga *la ley de la madre*. Sin embargo, esta ley es, por así decirlo, una ley incontrolada. Reside simplemente, al menos para el sujeto, en el hecho de que algo de su deseo es completamente dependiente de otra cosa que, sin duda, se articula ya en cuanto tal, que pertenece ciertamente al orden de la ley, pero esta ley está toda entera en el sujeto que la soporta, a saber, en el buen o el mal querer de la madre, la buena o la mala madre.

Por eso voy a proponerles un término nuevo que, como verán, no es tan nuevo, pues basta con forzarlo un poquito para hacerlo coincidir con algo que la lengua ha encontrado no por casualidad.

Partamos del principio que planteamos aquí, que no hay sujeto si no hay significativo que lo funda. Si el primer sujeto es la madre, es en la medida

en que ha habido las primeras simbolizaciones constituidas por el par significativo del *Fort-Da*. Con respecto a este principio, ¿qué ocurre con el niño al comienzo de su vida? Se preguntan si para él hay realidad o no realidad, autoerotismo o no autoerotismo. Verán que las cosas se clarifican singularmente tan pronto centren sus preguntas en el niño como sujeto, aquel de quien emana la demanda, aquel donde se forma el deseo — y todo el análisis es una dialéctica del deseo.

Pues bien, yo digo que el niño empieza como *súbdito*.² Es un súbdito porque se experimenta y se siente de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende, aunque este capricho sea un capricho articulado.



Lo que les planteo lo exige toda nuestra experiencia, y tomo para ilustrarlo el primer ejemplo que me viene a la mente. Pudieron ver ustedes el año pasado cómo encontraba Juanito una salida atípica para su Edipo, que no es la salida que vamos a tratar de designar ahora sino una suplencia. Su caballo para todo, en efecto, lo necesita con el fin de suplir todo lo que le falta en ese momento de franqueamiento, el cual no es sino esta etapa de la asunción de lo simbólico como complejo de Edipo a la que hoy les estoy conduciendo. Lo suple, pues, con aquel caballo que es a la vez el padre, el hermano, la hermanita, todo lo que se quiera, pero corresponde esencialmente a lo que ahora les voy a mostrar.

Recuerden cómo sale de ahí y cómo esta salida está simbolizada en el último sueño. Lo que él llama al lugar del padre es aquel ser imaginario y omnipotente que lleva el nombre del fontanero. El fontanero está

2. *Assujet*. [N. del T.]

ahí precisamente para liberar algo, pues la angustia de Juanito es esencialmente, se lo dije, la angustia de un sometimiento. Literalmente, a partir de determinado momento, Juanito comprende que si está sometido de esta forma ya no se sabe a dónde puede llevarlo eso. Recordarán ustedes el esquema del coche que se va, que encarna el centro de su miedo. Precisamente a partir de este momento es cuando Juanito instaura en su vida cierto número de centros de miedo que serán el eje del restablecimiento de su seguridad. El miedo, o sea algo que tiene su fuente en lo real, es un elemento del aseguramiento del niño. Gracias a sus miedos le asigna un más allá a aquel sometimiento angustiante del que se percató cuando se pone de manifiesto la falta de ese dominio externo, de ese otro plano. Para que no sea pura y simplemente un súbdito es preciso que aparezca algo que le dé miedo.

Aquí es donde conviene observar que esa Otra a la que se dirige, es decir, en particular la madre, tiene una determinada relación con el padre. Todo el mundo se ha dado cuenta de que sus relaciones con el padre dependen mucho de las cosas, en vista de que el padre — la experiencia nos lo ha demostrado — no desempeña su papel, como se suele decir. No tengo necesidad de recordarles que la última vez les hablé de todas las formas de carencia paterna concretamente designadas en términos de relaciones interhumanas. La experiencia impone en efecto que es así, pero nadie articula suficientemente de qué se trata. No se trata tanto de las relaciones de la madre con el padre, en el sentido vago en que pueda haber entre ellos una especie de rivalidad de prestigio, que acabaría centrándose en el tema del niño. Sin duda alguna, este esquema de convergencia no es falso, y la duplicidad de las instancias es más que exigible, de lo contrario no podría haber este ternario, pero con eso no basta, aunque lo que ocurre entre uno y otro, todo el mundo lo admite, es esencial.

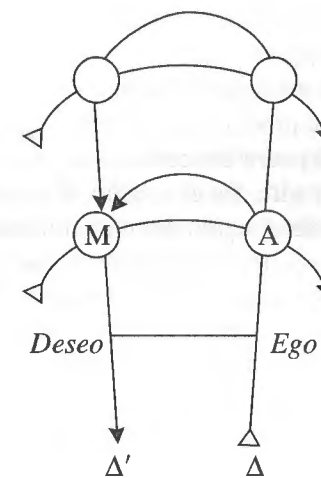
Llegamos aquí a esos vínculos de amor y de respeto alrededor de los cuales algunos hacen girar todo el análisis del caso de Juanito, a saber — la madre, ¿era suficientemente buena con el padre, afectuosa, etcétera? Y así volvemos a caer en el hábito del análisis sociológico ambientalista. Ahora bien, no se trata tanto de las relaciones personales entre el padre y la madre, ni de saber si uno y otro dan la talla o no la dan, como de un momento que ha de ser vivido y que concierne a las relaciones no sólo de la persona de la madre con la persona del padre, sino de la madre con la palabra del padre — con el padre en tanto que lo que dice no es del todo equivalente a nada.

Lo que cuenta es la función en la que intervienen, en primer lugar el Nombre del Padre, único significante del padre, en segundo lugar la palabra articulada del padre, en tercer lugar la ley en tanto que el padre está en una relación más o menos íntima con ella. Lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella, y de su capricho, a saber, pura y simplemente, la ley propiamente dicha. Se trata, pues, del padre en cuanto Nombre del Padre, estrechamente vinculado con la enunciación de la ley, como nos lo anuncia y lo promueve todo el desarrollo de la doctrina freudiana. Es a este respecto como es aceptado o no es aceptado por el niño como aquel que priva o no priva a la madre del objeto de su deseo.

En otros términos, para comprender el Edipo hemos de considerar tres tiempos que voy a tratar de esquematizarles con ayuda de mi pequeño diagrama del primer trimestre.

3

Primer tiempo. Lo que el niño busca, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de su madre, es decir, *to be or not to be* el objeto del deseo de la madre. Así, introduce su demanda aquí, en Δ ,



y su fruto, el resultado, aparecerá aquí, en Δ' . En el trayecto se establecen dos puntos, el que corresponde a lo que es *ego*, y enfrente éste, que es su otro, aquello con lo que se identifica, eso otro que tratará de ser, a saber, el objeto satisfactorio para la madre. Tan pronto empiece a meneársele algo en la parte baja de su vientre, se lo empezará a mostrar a su madre, por aquello de saber *si soy capaz de algo*, con las decepciones resultantes. Esto es lo que busca, y lo que se encuentra cuando la madre es interrogada por la demanda del niño. Ella también, por su parte, persigue su propio deseo, y en algún lugar por aquí se sitúan sus constituyentes.

En el primer tiempo y en la primera etapa, se trata, pues, de esto — el sujeto se identifica en espejo con lo que es el objeto del deseo de la madre. Es la etapa fálica primitiva, cuando la metáfora paterna actúa en sí, al estar la primacía del falo ya instaurada en el mundo por la existencia del símbolo del discurso y de la ley. Pero el niño, por su parte, sólo capta el resultado. Para gustarle a la madre, si me permiten ustedes ir deprisa y usar palabras gráficas, basta y es suficiente con ser el falo. En esta etapa, muchas cosas se detienen y se fijan en un sentido determinado. De acuerdo con la forma más o menos satisfactoria en que se realiza el mensaje en M, pueden encontrar su fundamento un cierto número de trastornos y perturbaciones, entre los cuales están aquellas identificaciones que hemos calificado de perversas.

Segundo tiempo. Les he dicho que, en el plano imaginario, el padre interviene realmente como privador de la madre, y esto significa que la demanda dirigida al Otro, si obtiene el relevo conveniente³, es remitida a un tribunal superior, si puedo expresarme así.

En efecto, eso con lo que el sujeto interroga al Otro, al recorrerlo todo entero, encuentra siempre en él, en algún lado, al Otro del Otro, a saber, su propia ley. En este nivel se produce lo que hace que al niño le vuelva, pura y simplemente, la ley del padre concebida imaginariamente por el sujeto como privadora para la madre. Es el estadio, digamos, nodal y negativo, por el cual lo que desprende al sujeto de su identificación lo liga, al mismo tiempo, con la primera aparición de la ley en la forma de este hecho — la madre es dependiente de un objeto que ya no es simplemente el objeto de su deseo, sino un objeto que el Otro tiene o no tiene.

El estrecho vínculo de esta remisión de la madre a una ley que no es la suya sino la de Otro, junto con el hecho de que el objeto de su deseo es

3. *Convenablement relayée*. [N. del T.]

soberanamente poseído en la realidad por aquel mismo Otro a cuya ley ella remite, da la clave de la relación del Edipo. Aquello que constituye su carácter decisivo se ha de aislar como relación no con el padre, sino con la palabra del padre.

Acuérdense de Juanito, el año pasado. El padre es de lo más amable, está de lo más presente, es de lo más inteligente, es de lo más amistoso con Juan, no parece que fuera en absoluto un imbécil, llevó a Juanito a Freud, lo cual en aquella época era, a pesar de todo, dar muestras de un espíritu ilustrado, y sin embargo es totalmente inoperante, porque lo que dice es exactamente como si tocara la flauta, quiero decir para la madre. Esto es clarísimo, cualesquiera que sean las relaciones entre los dos personajes parentales.

La madre, dense cuenta, está con respecto a Juanito en una posición ambigua. Es interdictora, desempeña el papel castrador que podríamos ver atribuido al padre en el plano real, le dice — *Deja eso, es asqueroso* — lo cual no le impide, en el terreno práctico, admitirlo en su intimidad, y no sólo permitirle desempeñar la función de su objeto imaginario sino incluso estimularlo para que lo haga. Juanito le presta efectivamente los mayores servicios, encarna realmente para ella su falo, y así es mantenido en la posición de *súbdito*. Se encuentra sometido, y ésta es la fuente de su angustia y de su fobia.

Hay un problema porque la posición del padre es cuestionada por el hecho de que no es su palabra lo que para la madre dicta la ley. Pero eso no es todo — parece que, en el caso de Juanito, falta lo que debería producirse en el tercer tiempo. Por esta razón les subrayé el año pasado que la salida del complejo de Edipo en el caso de Juanito estaba falseada. Aunque salió gracias a su fobia, su vida amorosa quedará completamente marcada por aquel estilo imaginario cuyas derivaciones les indicaba en el caso de Leonardo da Vinci.

La tercera etapa es tan importante como la segunda, pues de ella depende la salida del complejo de Edipo. El falo, el padre ha demostrado que lo daba sólo en la medida en que es portador, o *supporter*, si me permiten, de la ley. De él depende la posesión o no por parte del sujeto materno de dicho falo. Si la etapa del segundo tiempo ha sido atravesada, ahora es preciso, en el tercer tiempo, que lo que el padre ha prometido lo mantenga. Puede dar o negar, porque lo tiene, pero del hecho de que él lo tiene, el falo, ha de dar alguna prueba. Interviene en el tercer tiempo como el que tiene el falo y no como el que lo es, y por eso puede producirse el giro que reinstaura la instancia del falo como objeto deseado por la madre, y no ya solamente como objeto del que el padre puede privar.

El padre todopoderoso es el que priva. Éste es el segundo tiempo. En este estadio se detenían los análisis del complejo de Edipo cuando se pensaba que todos los estragos del complejo dependían de la omnipotencia del padre. Sólo se pensaba en este segundo tiempo, pero no se destacaba que la castración ejercida era la privación de la madre y no del niño.

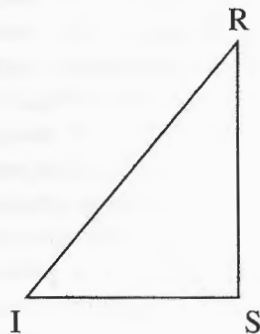
El tercer tiempo es esto — el padre puede darle a la madre lo que ella desea, y puede dárselo porque lo tiene. Aquí interviene, por lo tanto, el hecho de la potencia en el sentido genital de la palabra — digamos que el padre es un padre potente. Por eso la relación de la madre con el padre vuelve al plano real.

Así, la identificación que puede producirse con la instancia paterna se ha realizado en estos tres tiempos.

En primer lugar, la instancia paterna se introduce bajo una forma velada, o todavía no se ha manifestado. Ello no impide que el padre exista en la materialidad mundana, quiero decir en el mundo, debido a que en éste reina la ley del símbolo. Por eso la cuestión del falo ya está planteada en algún lugar en la madre, donde el niño ha de encontrarla.

En segundo lugar, el padre se afirma en su presencia privadora, en tanto que es quien soporta la ley, y esto ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley.

En tercer lugar, el padre se revela en tanto que él tiene. Es la salida del complejo de Edipo. Dicha salida es favorable si la identificación con el padre se produce en este tercer tiempo, en el que interviene como quien lo tiene. Esta identificación se llama *Ideal del yo*. Se inscribe en el triángulo simbólico en el polo donde está el niño, mientras que en el polo materno empieza a constituirse todo lo que luego será realidad, y del lado del padre es donde empieza a constituirse todo lo que luego será superyó.



En el tercer tiempo, pues, el padre interviene como real y potente. Este tiempo viene tras la privación, o la castración, que afecta a la madre, a la madre imaginada, por el sujeto, en su posición imaginaria, la de ella, de dependencia. Si el padre es interiorizado en el sujeto como Ideal del yo y, entonces, no lo olvidemos, el complejo de Edipo declina, es en la medida en que el padre interviene como quien, él sí, lo tiene.

¿Qué quiere decir esto? No quiere decir que el niño vaya a tomar posesión de todos sus poderes sexuales y a ejercerlos, ya lo saben ustedes. Muy al contrario, no los ejerce en absoluto, y se puede decir que aparentemente está despojado del ejercicio de las funciones que habían empezado a despertarse. Sin embargo, si lo que Freud articuló tiene sentido, el niño tiene en reserva todos los títulos para usarlos en el futuro. El papel que desempeña aquí la metáfora paterna es ciertamente el que podíamos esperar de una metáfora — conduce a la institución de algo perteneciente a la categoría del significante, está ahí en reserva y su significación se desarrollará más tarde. El niño tiene todos los títulos para ser un hombre, y lo que más tarde se le pueda discutir en el momento de la pubertad, se deberá a algo que no haya cumplido del todo con la identificación metafórica con la imagen del padre, si ésta se ha constituido a través de esos tres tiempos.

Esto significa, ténganlo en cuenta, que, en cuanto viril, un hombre es siempre más o menos su propia metáfora. Incluso es esto lo que proyecta sobre el término de virilidad aquella sombra de ridículo que igualmente se ha de constatar.

Tengan en cuenta también que la salida del complejo de Edipo es, como todo el mundo sabe, distinta para la mujer. Para ella, en efecto, esta tercera etapa, como lo destaca Freud — lean su artículo sobre el declive del Edipo —, es mucho más simple. Ella no ha de enfrentarse con esa identificación, ni ha de conservar ese título de virilidad. Sabe dónde está eso y sabe dónde ha de ir a buscarlo, al padre, y se dirige hacia quien lo tiene.

Esto también les indica en qué sentido una feminidad, una verdadera feminidad, siempre tiene hasta cierto punto una dimensión de coartada. Las verdaderas mujeres, eso siempre tiene algo de extravío.⁴

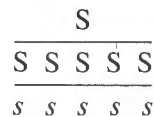
Es una sugerencia que les hago únicamente para destacar la dimensión concreta de este desarrollo.

4. *Quelque chose d'égaré.* [N. del T.]

Hoy es tan sólo, como ven ustedes perfectamente, un diagrama. Volveremos a tomar cada una de estas etapas y veremos qué se va añadiendo. Concluiré justificando mi término de metáfora.

Observen ustedes que de lo que se trata aquí es, en el nivel más fundamental, de lo mismo que la larga metáfora común en terreno maniaco. En efecto, la fórmula que les di de la metáfora no quiere decir sino esto — hay dos cadenas, las S del nivel superior que son significantes, mientras que debajo encontramos todos los significados ambulantes que circulan, porque siempre se están deslizando. La sujeción de la que hablo, el punto de capitonado, es sólo un asunto mítico, porque nadie ha podido sujetar nunca una significación a un significante. Lo que sí puede hacerse, por el contrario, es fijar un significante a otro significante y ver cuál es el resultado. En este caso se produce siempre algo nuevo, a veces tan inesperado como una reacción química, a saber, el surgimiento de una nueva significación.

El padre es, en el Otro, el significante que representa la existencia del lugar de la cadena significativa como ley. Se coloca, por así decirlo, encima de ella.



El padre está en una posición metafórica si y sólo si la madre lo convierte en aquel que con su presencia sanciona la existencia del lugar de la ley. Queda, pues, un inmenso margen para las formas y los medios con los que esto se puede realizar, porque es compatible con diversas configuraciones concretas.

Así es como puede ser franqueado el tercer tiempo del complejo de Edipo, o sea, la etapa de la identificación en la que se trata para el niño de identificarse con el padre como poseedor del pene, y para la niña de reconocer al hombre como quien lo posee.

Veremos la continuación la próxima vez.

22 DE ENERO DE 1958

LOS TRES TIEMPOS DEL EDIPO (II)

El deseo de deseo
El falo metonímico
Bonito billete tiene La Châtre
Inyector y Adyector
Clínica de la homosexualidad masculina

Les hablo de la metáfora paterna. Espero que se hayan dado cuenta de que les estoy hablando del complejo de castración. No porque les hable de la metáfora paterna les estoy hablando del Edipo. Si mi discurso estuviera centrado en el Edipo, ello supondría una enorme cantidad de cuestiones, y no puedo decirlo todo al mismo tiempo.

El esquema que les traje la última vez reúne lo que he tratado de hacerles entender bajo el título de los tres tiempos del complejo de Edipo. De lo que se trata, como les destaque en todo momento, es de una estructura, constituida no en la aventura del sujeto sino en otra parte, en la que él ha de introducirse. Otros pueden interesarse también en ella a títulos diversos. Los psicólogos que proyectan las relaciones individuales en el campo interhumano, o interpsicológico, o social, en las tensiones de grupos, que traten de inscribir esto en sus esquemas, si pueden. De la misma forma, los sociólogos deberán tener muy en cuenta relaciones estructurales que constituyen en este punto nuestra común medida, por la simple razón de que ésta es la raíz última — la propia existencia del complejo de Edipo es socialmente injustificable, quiero decir, no puede fundarse en ninguna finalidad social. En cuanto a nosotros, estamos en posición de ver cómo se ha de introducir un sujeto en esa relación que es la del complejo de Edipo.

Que no se introduce sin que en ello desempeñe un papel de primerísimo orden el órgano sexual masculino, no me lo inventé yo. Éste es centro, eje, objeto de todo lo que se relaciona con aquel orden de acontecimientos, muy confusos y muy mal discernidos, que llaman el complejo de castración. Pero aun así se sigue hablando de ello en tales términos que es asombroso que no produzcan más insatisfacción en el público.